



LAS BOTELLAS.

---

**A**LGO como un vientecillo frío que viene del rumbo de la moralidad, empieza á soplar amenazando á los borrachos. Algunos centenares de miles de botellas están temblando en estos momentos, esperando calarse cada una su respectivo gorro de á veinte centavos; de manera que cada cien mil botellas van á producir á la recaudación del timbre la suma no despreciable de veinte mil pesos. Y aunque los diez millones de bebedores que pueblan la República permanecen impasibles,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 MONTERREY, N. L.

supuesto que han de seguir bebiendo desde agua gorda hasta cognac de cinco ceros, los vendedores de botellas andan mal trechos y cariacontecidos, sumando el inmenso número de timbres de que tienen obligación de proveerse en el perentorio término de quince días.

Asústales por la primera vez esas triples hileras de cuellos de vidrio que veían hace pocos días con tanta complacencia; y no pueden ya mirar serenos sus numerosos ejércitos de tapones esmaltados, porque cada uno de ellos, como si hubiera sido pasado por cajas y sentado plaza, demanda imperiosamente un día de haber, ó lo que es lo mismo, veinte centavos por cabeza. ¿Quién lo había de preveer? Esos inofensivos artefactos de vidrio, que la vinicultura y la química se han encargado de llenar de brebajes en honra é incremento de la toxicología moderna, se convierten nada menos que en acreedores del propio dueño, blandiendo cada botella su vale de veinte centavos pagadero en quince días.

Por supuesto que mientras esas baterías venenosas servían solo para liquidarles la cuenta, y la vida, á la hepatitis, la cirrosis y el «delirium tremens,» eran para los vinateros una bendición de Dios, porque permitía el lujo, el confort y la prosperidad de las cantinas, y no ponían de mal humor más que á los borrachos insolventes.

Pero por obra y gracia del ministro de Hacienda les toca á las botellas su turno; son ellas las que van á jugarle un vinatero ó «un gregorito» como se ha dicho después, á los vinateros mismos. Ellas con el cuello erguido, como lo han llevado siempre, amparadas por la ley justiciera y moral, esperan formaditas en sus escaparates adornar su casquillo esmaltado con una graciosa cinta de papel de á veinte centavos. Están ellas que se regodean de gusto, como las pollas que esperan una pluma de á diez pesos para la Semana Santa. Cansadas las pobres botellas de que se abuse de su índole pasiva y condescendiente, de que se les forme en terrible fila de batalla como las

figurantes de la profusión, del «surtido», del lujo y de la riqueza; de que se las encaramen en pirámides como las de los egipcios, ó se las recueste entre avellanas tras de las vidrieras, ó se les destape sin compasión para ir á figurar después entre las cosas inútiles; llegaron por fin al gran día de la venganza para levantar un coro unánime en el que millones de voces repiten esta letra que aterroriza á los vinateros: «ó me timbras ó me vacías.»

Ya era tiempo de que la moral tomara cartas en el asunto, para bien del erario y mengua del alcoholismo. Aquél necesita recursos y éste necesita coacción y trabas y dificultades, para llegar á hacer, si no difícil, al menos costoso el emborracharse.

Por supuesto, que además de los vinateros hay muchos, partidarios de la libertad en las botellas, que ponen el grito en el cielo; abundan personas que deseen que el Estado pueda vivir sin rentas, y la sociedad sin deberes, y que creen el derecho de emborracharse inherente á la condición del ciu-

dadano libre, y que toda contribución es atentatoria contra la libertad individual. Esas personas objetan que los vinateros no pueden timbrar de golpe todas sus mercancías, que la contribución es inusitada, injusta é imposible; y circulan en forma de amenaza los rumores de clausura de cantinas, de supresión de botellas, de huelga de copas, de sobriedad forzada, de moralidad mandada fabricar de orden suprema, y de otra porción de calamidades de que el vicio de la embriaguez está amenazado. El pobre vicio derrama hoy las mismas lágrimas que derramaban *esas señoras* cuando las reglamentaron.

Se hizo la nuestra, exclaman las botellas, ya no podrán sacarnos á luz sin la intervención del timbre; y si el contenido de una de nosotras basta con frecuencia para obligar al ayuntamiento á pagar seis raciones por espacio de un año en la cárcel de Belém, y la asistencia por dos meses á dos heridos en el hospital de San Pablo, y el sueldo de gendarmes, practicantes y médicos, es justo

que con anticipación nos pongamos el gorro de veinte centavos, por cuenta de esos gastos, que lo que tenemos de venenosas y funestas obliga á hacer á la ciudad.

Véase, pues, cuán distinta es la lógica de las botellas tapadas, de la de las botellas que se destapan.

Yo, por mi parte, que no soy ni vinatero ni bebedor, aplaudo la medida con todo el fervor de mi ódio á la embriaguez, y me huelgo de contemplar en forma de ley lo que no ha mucho me dió materia para uno de mis artículos ligeros sobre asuntos trascendentales, sólo que yo iba un poco mas lejos que el ministro de Hacienda; yo les había aplicado á las susodichas botellas cincuenta centavos en lugar de veinte; pero bueno es empezar por algo para hacer boca, ya que de bocas se trata.

Sucédele á los gobiernos en la imprescindible necesidad de los impuestos, tropezar á cada paso con la resistencia constitucional de los causantes; y por más que en teoría convengan en que no haya sociedad ni go-

bierno posibles, fuera del convenio tácito de deberes y derechos recíprocos, no hay causante que pague de buen grado su contingente; y si en manos suyas estuviera la administración pública, suprimirían al gobierno. Todos los que venden algo empiezan por ver á la oficina de contribuciones de mal ojo; á considerar al gobierno como padrasto, y á creerse, como los judíos respecto á los cristianos, en el deber de defraudar al fisco, al marchante y á todo el que no venda. Al paso que el comercio es la vida de las naciones, los mercaderes son los enemigos de los gobiernos.

De manera que la nueva ley para timbrar las botellas viene á chocar contra la resistencia habitual del contribuyente, contra la baratura de los licores embriagantes, contra el generalizado vicio de la embriaguez y contra el espíritu de esas gentes que desean vivir en un país de bendición que les permita enriquecerse sin el menor sacrificio respecto al bien de la comunidad.

Cierto es que puede haber muchos comer-

cientes que estén en un verdadero conflicto por la imposibilidad de gastar cinco mil pesos de timbres para adornar de una manera provechosa su ejército de botellas; pero el ministro de Hacienda no es un ogro, y ya encontrará medio para reducir esos inconvenientes «insuperables» al procedimiento expeditivo de una manifestación escrita de mercancías timbrables existentes y ventas diarias; entre cuyos dos términos caben los abonos, los plazos, las concesiones, y sobre todo, la equidad; pero ninguno de estos inconvenientes le quitarán á la ley consabida sus dos calidades esenciales, de moralidad y de oportunidad.

Previo un anticipo más ó menos posible por parte del comercio, y fácil de reglamentarse equitativamente en obsequio del timbre y del causante, el gravamen resultará sólo en contra de los viciosos, ó de los que tienen la mala costumbre de consumir bebidas embriagantes; y puesto que en México, como en muchas otras partes, hemos llegado desgraciadamente á la edad de la

copa, justo es enaltecerla, encareciéndola como cosa apreciada y tenida tan en alta estima por la sociedad moderna.

Los vinateros tendrán buen cuidado de ponerla á quince centavos; y los bebedores, que son generalmente hombres garbosos y desprendidos, y que entre las galanterías más en boga y los obsequios del mas exquisito refinamiento, cuentan, el de pagarle á usted las copas, y el de obligarle á tomarlas, van á encontrar muy de su gusto hacer obsequios de á quince centavos; pues mengua fuera de bebedores garbosos y de abonados á cantinas, hacer ascos á los tres centavos de aumento y perder por tan insignificante gravamen la inveterada galantería y la afición al trago.

Quiere decir que esos miles de pesos que entran todos los días al cajón de los mostradores, en holocausto al mofletado Baco, el ministro de Hacienda hace muy bien en apartar un tanto en desagravio de la moralidad y en provecho de las rentas nacionales.



EL VIERNES DE DOLORES.



EL VIERNES DE DOLORES.

---

**L**A religión ha consagrado un día para la conmemoración del dolor de la Virgen María al pié de la cruz en que espiraba el Redentor del mundo; ha señalado como punto de meditación aquel trance terrible, aquella escena desgraciada, en que el mas grande de los dolores iba á ser objeto de culto para la cristiandad enternecida. Pero la cristiandad se ha cuidado bien poco de la tradición y del espíritu de las ceremonias, y ha visto venir el día de tan triste aniversario, pensando en todo, menos en el dolor de la Virgen,

hasta llegar á convertir el viérnes de dolores en viérnes de placeres.

Á medida que el mundo avanza, la humanidad marca más y más su tendencia al placer, y parece ya convencida de que no ha nacido para otra cosa. En los avances del progreso no se han desarrollado en la misma proporción las costumbres austeras y los placeres; y esta tendencia á divertirse es tan poderosa, que sacrifica desde las tradiciones mas respetables hasta la simple lógica de los aniversarios.

Parecía natural que al civilizarse las sociedades, tomaran el debido incremento y perfección, así las costumbres que reconocen una tradición doliente y fúnebre, como las que tienen un origen de festejo y alegría. Era natural esperar que el ineludible dolor por los muertos, de que nadie está exento, formara, como movidos por el mismo resorte, grupos y grupos de dolientes, preocupados con la memoria de sus muertos y que en día señalado fuesen consecuentes consigo mismos, con los finados y con el

sentido común. Era natural esperar que los fieles católicos en su habitual intransigencia con los demás cultos, lo fueran con el carácter y espíritu genuíno de los aniversarios; era natural, era lógico y ageno de toda falsa interpretación, encontrar hoy á la cristiandad, en una conmemoración repetida hace diez y nueve siglos, entregada á la contemplación de un asunto tan serio, tan triste, tan conmovedor y tan luctuoso, ocupada por lo tanto en prácticas y ceremonias, ya no sólo perfeccionadas y engrandecidas en virtud de la civilización creciente de las sociedades, sinó en analogía siquiera con el carácter del acontecimiento que se recuerda.

Pero ni los muertos, ni los dolores de la Virgen, ni los dogmas mas sagrados, ni las tradiciones mas veneradas bastarán nunca á destruir el predominio que entre la gente tiene el deseo de gozar y de divertirse.

Si los ecos de Carmen y la Mascota han llegado ya, por lo repetidos, á los habitantes de alguno de los planetas de nuestro sistema, se han de ver en apuros para saber



cuándo lloramos y cuándo nos reímos en la tierra.

—Compañero dirá algún habitante de Marte: están tocando en la tierra la Mascota. ¿Por qué será?

—Ha de ser el circo.

—Otra vez la Mascota, compañero.

—Ha de ser el aniversario de alguna manzana.

—Otra vez.

—Han de estar llorando por los muertos.

—Otra vez y mas recio.

—No tenga usted cuidado, compañero; se han de estar acordando del terrible dolor de la Virgen al pié de la Cruz.—Hoy es para ellos Viernes de Dolores.

—Es posible!

—Sí, compañero, vamos al observatorio.

Y colocándose en los sillones de un telescopio perfeccionado de que no tendremos idea en algunos siglos sobre la tierra....

—Vea usted compañero aquella mancha verde, en el viejo continente.

—Quiere decir en América.

—Sí, en lo que ellos llaman «nuevo».

—Ya veo.

—Eso es México.

—Verde oscuro?

—Sí, negruzco. Bueno. No pierda usted el punto y démosle al instrumento algunos grados más.

—Ah! sí los volcanes!

—Y los lagos.

—Junto á los lagos.

—Bueno, vea usted la ciudad; pero tápese usted las narices.

Los dos habitantes de Marte sacan su pañuelo para ver á México.

—Ya estamos?

—Ya.

—Busque usted un cuadrilátero verde. Es la Alameda.

—Ya, con árboles secos, y mucho polvo.

—Esa es. Vea usted el centro.

—Una fuente medio cincundada por un toldo. Ese toldo no está completo.

—Es cierto, por unos pedazos tiene lien-

zo, y por otros tiene sólo los cordeles, no está acabado.

—Lo dejó así Barreiro, apropósito, para que pudiésemos ver el paseo de las flores los habitantes de Marte.

—¡Cómo el paseo de las flores! ¿pues no decía usted que son los dolores de la Virgen?

—Es lo mismo, hombre, flores y dolores, son una misma cosa allá abajo.

—Bueno. Sí, efectivamente hay muchas flores de venta.

—Y otras alquiladas en el jardín. Allí alquilan macetas para todo.

—Este Barreiro!...

—Y dan vueltas y vueltas. ¿Sabe usted compañero que son originales aquellos bárbaros en la manera de vestirse? Allí va una mujer, lleva falda de raso amarillo, la cara pintada de blanco, el pelo casi le tapa los ojos y lleva metidos los piés en unos zapatos de raso encarnado bordados de oro y con un apéndice por tacón que la obliga á andar de puntillas. Esa no es azteca.

—No; ha de ser española, de nueva importación: hay muchas de esas. Pero no todas son lo mismo.

—Ya lo veo: las otras parecen parisien-ses. ¿Qué tocan ahora?



—Carmen.

—Y quién es Carmen?

—Una española que mató á un torero é inmortalizó su nombre.

—Y qué significan esos pedazos de trapo pendientes de estacas?

—Adornos de Barreiro.

—¡Cómo de Barreiro!

—Sí, municipales.

Pero esas gentes que dan tantas vueltas ¿qué buscan? ¿las flores ó los dolores de la Virgen?

—Ni uno ni otro. Esos que dan vueltas no compran flores. Van allí para verse los unos á los otros. Los jóvenes van en general para ver lo que se pesca.

—Son pescadores.

—Sí, pero no de camarón ni de bacalao.

—Ah, ya comprendo. Oiga usted, ya tocan otra cosa. ¿Qué es eso?

—La Traviata.

—Quién es ésa?

—Una meretriz francesa que murió tísica, y de cuya historia hicieron Dumas y Verdi las delicias de la posteridad.

—Y se la tocan á la Virgen?

—No, hombre, no sea usted bárbaro. No se trata de la Virgen?

—No obstante, usted me ha dicho, que los dolores de la Virgen son el asunto de esa fiesta.

—Bueno, pero las clases se han civilizado, y ahora se ríen de lo que antes las hacía llorar.

—Cuánta música! hay tres bandas militares. Porqué son militares los músicos de la fiesta?

—Es una galantería de la Plaza á las muchachas bonitas.

—Quién es la Plaza?

—Una entidad moral militar.

—Que no tiene nada que ver con la Virgen?

—No, nada.

—Esa otra banda toca ahora una pieza muy alegre.

—Es danza habanera.

—Van á bailar?

—No; de día no bailan.

—Solo de noche?

—Naturalmente.

—Y qué es danza habanera?

—Es el baile obsceno de los esclavos en Cuba.

—Y lo bailan esas señoritas?

—Sí, todas las niñas.

—Ah! sí; las de zapatos colorados.

—No; todas sin distinción.

—Entonces no es obscena la danza.

—La danza no pierde su carácter; la intención es la que se acanalla más ó menos según los actores.

—Y se baila en viernes de Dolores?

—Otra vez con los dolores! Las que nacen en ese día se llaman Lolas, y por lo general son muy alegres y muy bailadoras.

—Qué rarezas tienen en la tierra!

—Y que no ha visto usted nada.

—Con que el municipio y la autoridad cooperan á profanar la memoria de los dolores de la Virgen?

—Vuelta con la Virgen! Ya he dicho á usted que no se trata de eso. Es un pretexto para que la gente se divierta, y como la corporación municipal ama tanto al vecindario, no lo dejó ir á la Viga, porque allí está

un poquito sucio, y le llamó la atención por este otro lado, de acuerdo con Barreiro, que es el que hace allí los jardines, no en el aire, sinó en tierra agena siempre que se ofrece.

—Y esto que estamos viendo ¿es la fiesta como se celebra en su origen ó es una degeneración?

—Eso. Hace un siglo, por ejemplo esta era una solemnidad puramente religiosa. Casi no había familia en México que no pusiera en su casa «altar de dolores», el cual consistía en poner una imágen de la Virgen de los Dolores sobre unas gradas, y á sus piés no solo muchas flores, sinó trastos y objetos de barro, cuya superficie cubierta con semillas germinadas, verdegueaba, simbolizando la entrada de la primavera, la época de la siembra cuya suerte se encomendaba á la Virgen. En una especie de oración agrícola un simbolismo en que había mucho de patriarcal y de sencillo, por que la ofrenda era humilde ingénuo y significativa; había necesidad de cultivar con veinte ó más días de anticipación aque-

llos sembrados en pequeño que iban á constituir un adorno agreste y de muy distinto género y acaso más grato á Dios que los blandones de oro.

Ahora bien, como casi todas las familias mexicanas necesitaban proveerse de flores en la mañana del viernes la demanda era superior al producto y cada madre de familia, persuadida tierna y profundamente de su deber religioso de poner cuantas flores pudiera á los pies de la Virgen dolorosa en el día en que la cristiandad recordaba las mortales angustias de la madre de Dios; la madre de familia repito, llena el alma con aquel recuerdo con que edificaba y enternece á sus hijos, al rayar el alba en desabillé de mañana, sin lazos ni cintas, sino cubierta con un tápalo negro, se apresuraba á esperar á la orilla del canal á las indias introductoras de flores. Así podía comprar muchas flores á poco precio, y apenas hacía su provisión, regresaba al hogar doméstico, en donde toda la familia estaba ocupada en poner el altar.

—De manera, repuso el otro habitante

de Marte, que hace un siglo esa sociedad era todavía religiosa.

—Sí, conservaba costumbres mas puras, y los jóvenes y los viejos, y los niños y las mamás, eran en ese día exclusivamente sacristanes en honor de la Virgen.

—Cómo degeneró esa costumbre?

—Es muy sencillo. Algunas mamás empezaron á llevar á sus hijas; lo cual sabido por los novios de éstas, llevó á la orilla del canal á los primeros concurrentes que no iban á comprar flores; á los novios siguieron los que no tenían sino querían novia, y á estos últimos siguieron los que no querían novias ni flores, sino echar flores á las novias. El amor sustituía á la devoción, las muchachas se componían, las mamás tenían necesidad de peinarse y los pollos se enseñorearon del paseo de las flores. Algún coronel de cuerpo, místico profano, tuvo en mal hora la inspiración de mandar la música, y aquella silenciosa, elocuente y piadosa colecta de flores, ha venido á parar en lo que está usted viendo.

—¡Oh témpora, oh mores!  
Exclamó en un aparte,  
Muy tieso y muy sereno,  
(Que era poeta y bueno)  
Aquel sugeto del planeta Marte.  
Comprendo por qué arte  
Han llegado á adunar allá en la tierra  
Cármén, y la Traviata, y la Mascota  
Y Barreiro, y las niñas y las flores  
A la solemnidad santa y devota  
De la Madre inmortal de los Dolores.

Los dos habitantes de Marte se fueron á acostar, porque con el aspaviento del poeta se les descompuso el telescopio.

